

# La Psicología del Libertador

## III NOBLE AMBICION

Esos recursos, Señores, son entre otros: su noble ambición, su caballerosidad, su valor, generosidad y pundonor; su nobleza y sinceridad, unidas a un vivo sentimiento de la gloria y a una admiración por lo heroico. Finalmente: el mismo amor a la libertad y grandeza de su Patria.

Permitidme que, de estos aspectos, entresaque algunos rasgos del Diario.

**SU AMBICION.** Bolívar, la confiesa llanamente: "Las circunstancias, mi genio, mi carácter, mis pasiones son las que me pusieron en el camino: mi ambición; mi constancia y la fogosidad de mi imaginación, me lo han hecho según y me han mantenido en él" (225).

De nuevo insistirá Bolívar sobre la circunstancia de su viudez:

"Sin la muerte de mi mujer no habría hecho mi segundo viaje a Europa, y es de creer que en Caracas o San Mateo, no me habrían nacido las ideas que me ocurrieron en mis viajes, porque en América no hubiera adquirido aquella experiencia, ni hecho aquel estudio del mundo, de los hombres y de las cosas, que tanto me han servido en todo el curso de mi carrera política. La muerte de mi mujer me puso muy temprano en el camino de la política, me hizo seguir después el carro de Marte, en lugar de seguir el arado de Ceres: vean, pues, Uds. si ha influido o no sobre mi suerte" (228).

Peró esa circunstancia ¿no es la mejor prueba de su noble ambición? La idea de la libertad, apenas cruzó por la mente de Bolívar dolorido, prendió en forma de ideal, de juramento. Sin una noble ambición y audacia ¿podría explicarse psicológicamente esa entrega apasionada a tan difícil empresa?

Razón pues, tenía Perú de Lacroix al explicar al Libertador que

"ni Colombia, ni el Perú, ni toda la América entera, estaría libre, si V. E. no hubiera tomado a su cargo la noble e inmensa empresa de su independencia" (225).

Y razón le faltaba a Bolívar al creer que, la obra que él realizó, la hubiera podido llevar a cabo cualquier otro:

"durante la crisis revolucionaria y la larga contienda entre las tropas españolas y patriotas, se hubiera presentado algún Caudillo, si yo no hubiera aparecido en la escena, y si la atmósfera de mi fortuna no hubiera impedido el acrecentamiento de la de otro, manteniéndolos en una esfera inferior a la mía" (225).

Su ambición se revela en la calidad de los triunfos que persigue. No se contenta con pequeñas victorias: quiere un éxito rotundo:

"...S. E. nos habló sobre su expedición en la provincia de Guayana, en el año 17; de lo peligrosa y útil que había sido; nos la presentó como el único proyecto que

entonces debiera adoptarse, para formar una base de operaciones, concentrar el mando, reunir todos los medios de acción dispersos, establecer unidad, sin la cual nada de provecho podía hacerse. Que hasta entonces se habían consumado grandes esfuerzos de parte de los patriotas, pero sin ningún o muy pequeños resultados; que lo que él quería y trataba de lograr era uno de aquellos grandes acontecimientos que fuerzan la opinión de todo un país en favor del vencedor y contra el vencido: que establecen un espíritu nacional, sin el cual nada puede crearse de estable en política; que en aquella época su nombre era ya conocido, su reputación ya establecida, pero no como la quería, y como era necesario para llegar a dominarlo todo y lograr independizar todo el país, hacerlo libre y constituirlo bajo el sistema central: que grandes obstáculos se le presentaron, ocasionados por la rivalidad, la ambición, y la enemistad personal" (313).

El pundonor, unido a una férrea voluntad, es otro rasgo característico del Libertador. Bolívar no se resigna a ser el segundo en ninguna ocasión. Por otra parte, cuando su pundonor le ha metido en una empresa, prefiere morir antes que ceder. Un episodio íntimo y trivial proyecta luz sobre este aspecto del alma de Bolívar: en lo pequeño se traiciona al héroe.

Se hallaba el Libertador con su Estado Mayor a orillas del Orinoco. Entre la comitiva estaba el coronel Martel, quien empezó a alardear de buen nadador, prefiriéndose a los demás "Yo le dije algo (añade Bolívar) que le picó y entonces me contestó que también nadaba mejor que yo". El reto estaba hecho. El pundonor de Bolívar no podía sufrirlo: consciente de sí mismo, creyó podría vencerle. Eso sí: Bolívar atado había de vencer al mejor nadador. La apuesta queda cerrada. Todos insisten para que el Libertador desista de aquella empresa. Inútil. Se hace atar. Se conviene en la meta: dos cañoneros fondeados a cierta distancia de la playa. "El general Ibarra, temiendo que me a-

hogase había hecho poner en el río dos buenos nadadores para auxiliarme, pero no hubo caso para esto" Bolívar llega a los cañoneros con bastante trabajo: "Martel me siguió y por supuesto llegó el primero", añade el Libertador.

Señores: la acción parecerá trivial; más aún, en expresión de Bolívar, es "una especie singular, propia de un loco, aunque pienso no serlo". Sin embargo, ese gesto demuestra una verdad inconcusa:

"Este rasgo prueba la tenacidad que tenía entonces, aquella voluntad fuerte que nada podía detener: siempre adelante, nunca atrás; tal era mi máxima, y, quizás a ella es que debo mis sucesos y lo que he hecho de extraordinario" (185).

"Siempre adelante, nunca atrás": pundonor, tenacidad, voluntad de victoria! Señores, esa máxima y ese gesto, son una instantánea del alma de Bolívar.

Los pormenores son especialmente significativos en la vida de los héroes. Se trata de otro pormenor: el juego.

Con razón se alegró Lacroix al oír la invitación que hiciera el Libertador de ir "todos los días a las siete de la noche para ropillar" (257), esto es, para jugar a "ropillas".

"Me alegro de esta circunstancia, porque es también en el juego que puede estudiarse al hombre; y para juzgarlo bien es preciso verlo y observarlo en todas las acciones de su vida privada; en su interior, pues su vida exterior no puede hacerlo conocer. El Mariscal de Catinat decía con razón, que era menester ser bien Héroe, para serlo a los ojos de su criado, o ayuda de Cámara" (257).

En el juego, Señores, se revela el alma de Bolívar: su pundonor, su fuego, su voluntad de victoria.

"En el juego, como en cualquiera otra acción de su vida, el Libertador manifiesta el fuego de su imaginación, la viveza de su carácter y aquel ascendiente que tiene siempre sobre todos los demás hombres" (268).

Cuando gana, Bolívar es todo amabilidad. En cambio, su pundonor no sufre ser vencido:

"Ganando S. E. es muy chanzeador y se burla con espíritu de sus contrarios: si pierde; se queja del mal juego, y se irrita de la mala suerte: se levanta de su silla, juega parado, y por todas sus acciones se ve que su amor propio está herido en ver la fortuna declararse contra él y en favor de los otros. Lo he visto botar los naipes, el dinero y abandonar el juego" (269).

Extraño contraste, que el mismo Libertador reconocerá, entre el Bolívar impávido del campo de batalla y el Bolívar turbado al perder en el juego:

"Ven Uds. lo que es el juego: he perdido batallas; he perdido mucho dinero, me han traicionado, me han engañado abusando de mi confianza, y nada de todo esto me ha conmovido como lo hace la pérdida de una mesa de ropilla: es cosa singular que una acción tan frívola para mí como lo es el juego, por el cual no tengo pasión ninguna, me irrita, me ponga indiscreto y en desorden cuando la suerte me es contraria" (269).

El Libertador les promete ser más paciente al día siguiente y "que tomaré —son sus palabras— toda la calma del general Soublotte para desafiar la mala suerte" "Dijo esto reyendo y se retiró para su cuarto" (270).

Al día siguiente, el tema del juego vuelve de nuevo durante el almuerzo y le da ocasión para hacer un fino análisis de por qué se turba tanto cuando pierde. El análisis descubre su pundonor y la conciencia de superioridad que de sí mismo tenía:

"Día 17. Estando almorzando el Libertador nos dijo: La ropilla de anoche me ha hecho meditar: yo algunas veces he tenido por circunstancias que mezclarme en partidas en que se ganaba o perdía mucho dinero; en juegos de acasos tales como el Monte, a los naipes, o el Para-pinto a los dados, y me metía en él más bien con la idea de perder plata que ganarla. En la ropilla no es así: no es dinero que jugamos, sino que cada uno de nosotros mete al juego su parte de amor propio; cuenta sobre su saber; creo tener más ciencia que los de-

más y esperanzado con todo esto se halla penosamente desappointed como dicen los franceses, cuando la mala suerte destruye todos sus cálculos y su saber: esto pues no sucede en los juegos puramente de (azar) o acaso, y sí en los de (sociedad); donde el saber entra por mucho: así es, señores, que yo no puedo con sangre fría perder mi amor propio: Ustedes me la ganaron anoche; pero espero tener mi revanche hoy, o (para hablar en castellano), desquitarme" (271).

Existe además, otra razón de la actitud del Libertador durante el juego de ropillas: su genio era demasiado vivo para plegarse al lento movimiento de aquél juego: por eso, a veces se subleva:

"Por la noche hubo ropilla y duró hasta las doce. S. E. observó que era un juego fastidioso, que no ocupa bastante la imaginación; que su movimiento es lento, y que era preciso hallarse en Bucaramanga no saber qué hacer para ocuparse con tal diversión". "Me había extrañado —añade Lacroix— que S. E. no hubiese hecho antes aquellas observaciones, porque a la verdad, la ropilla no es un juego capaz de ocupar y distraer un espíritu activo como el suyo" (289).

Los hechos comprobaron la exactitud de la reflexión que, poco antes había hecho el Libertador: un correo, venido de Ocaña, anuncia que el proyecto de Constitución presentado por el Sr. Castillo será aprobado: rudo golpe para Bolívar:

"Esta, dijo S. E., después de haber referido la noticia anterior, es más fuerte, más excitante, que ganar o perder una mesa de ropilla, y sin embargo, Ustedes me ven quieto y poseído" (273).

Valor: afrontar la dificultad con ánimo sereno, buscarla, no retroceder: más aún, sentir la fascinación del peligro, de lo difícil, es un aspecto esencial en el alma del héroe. Al mismo tiempo, rasgo del temperamento activo.

Para Bolívar el valor, o en su expresión, "ser guapo", era algo tan connatural como el llevar ceñida a su cintura la gloriosa espada vencedora.

De ahí que, al describir el retrato moral de alguno, sea uno de los rasgos que destaque. De ahí, que lo exija, lo aprecie, lo encomie.

Un día Bolívar recuerda los primeros albores de la guerra, con sus terribles exigencias:

“En los primeros tiempos de la independencia, dijo S. E., se buscaban hombres, y el primer mérito era el ser guapo... hacerse terrible... a nadie se le podía recompensar con dinero, por que no lo había; sólo se podían dar grados para mantener el ardor, premiar las hazañas y estimular el valor”.

Si bien es cierto que Bolívar considera como un mal, entonces necesario, los excesos de aquel valor, no deja, sin embargo, de reconocer su mérito.

No sólo alaba en otros el valor: él, en sí mismo, con su presencia de ánimo, es una palpitante demostración de valor.

Una lúgubre noticia llega a Bucaramanga. Desde Ocaña debía salir un oficial con el siniestro encargo de asesinar al Libertador. Todos se conturban y temen. Todos quieren rodear su persona de extraordinarias providencias. Bolívar sólo sonríe superintencionalmente. “por que no sería fácil... encontrar quien se encargase de dicho proyecto, y que más difícil sería aun la ejecución”... (173). Con esta ocasión, e invitado por Lacroix, el Libertador narra detenidamente dos trágicos episodios de su vida: El atentado de Yamaica y la noche del Rincón de los Toros! En su voz no asoma el trepidante tono del que teme.

Bolívar está para partir a Río Negro. La invitación que dirige a los suyos más parece un pregón de bravura:

“Vendrán conmigo, continuó, los que querrán acompañarme y que no tengan ocupaciones aquí; los que no teman ni a las culebras, ni (a) las calenturas, ni (a) los zancudos, porque de todo esto se encuentra en aquel pueblo, hermoso por su situación y la fertilidad de su suelo”.

(285).

## CABALLEROSIDAD

Señores: el ideal de heroísmo encontró en la Edad Media una expresión, plébrica de sentido: el Caballero.

El Caballero fundía en sí las ricas

esencias de aquellos siglos: el valor a toda prueba, pundor quisquilloso y violento, ambición, por una parte. Y por otra: nobleza de sentimientos, idealismo, entrega absoluta a una causa levantada — la de su Señor — distinción espiritual.

En la mente de todos nosotros asoma la figura de aquel, que a su vez, es la suprema expresión de los caballeros: su flor y su espejo. Con su larga lanza polvorienta, sus carnes enjutas, tostadas por el sol; cabalgando sobre el glorioso Rocinante... Allí va remansado el río de heroísmo de la Edad Media. Allí el alma hispana! El cuerpo enjuto, pero el alma gigantesca! La lanza hecha pedazos, “pero el espíritu bronceado, poblado de ideales: “siempre adelante, nunca atrás!”

Señores: Bolívar es heredero en línea recta del eterno quijotismo que anidó en el alma medieval, hispana y romántica: fusión de tempestades y brisa, de heroísmo pasional y cielo azul!

Porque al lado de los rasgos que acabamos de considerar — ambición, pundonor, férrea voluntad, valor — en él resaltan, en amalgama indivisible, aquellos otros que hacen de su persona un auténtico caballero medioeval: un Quijote sin locura, un Cid americano.

Bolívar ama apasionadamente la limpidez intacta de su honor: no quiere que su nombre pase a la historia como los de un Monteverde, Bovés, ni siquiera Morillo.

Por eso; por pura cabalerosidad, evita aún la más leve sombra de interés personal: que no se le pueda tildar de estrechos egoísmos. Si él se bate, es por la libertad y grandeza de su Patria!

“No se me acusará el haber elevado y puesto en los altos destinos del Estado a individuos de mi familia, (y) al contrario se me puede reprochar de haber sido injusto para con algunos de ellos que seguían la carrera militar. Por ejemplo: mi primer Edecán Diego Ibarra, que me acompañaba desde el año 13, cuántos años ha quedado de Capitán, de teniente Coronel y de Coronel. Si no hubiera sido mi pariente, estuviera ahora (de) General en jefe como otros que quizás han hecho menos que él; hubiera entonces premiado sus largos servicios, su valor, su constancia a toda prueba, su fidelidad y patriotismo, su consa-

gración tan decidida, y hasta la estrecha amistad y la alta estimación que siempre he tenido con él; pero, era mi pariente, mi amigo, estaba a mi lado y estas circunstancias son causas de que no tiene uno de los primeros empleos en el ejército. Mi sobrino Anacleto Clemente, ha quedado (en) el grado de Teniente Coronel..." (156).

En Bolívar todo denota al caballero: desde el traje que usa: "botas altas o a la escudera... corbata siempre negra... levita o casaca azul" (336) — traje que recuerda el del Emperador Francés — hasta sus gestos y modales, en una reunión de etiqueta, o su desbordante entusiasmo por todo lo heroico:

"En tertulia particular con gente extraña y de menos confianza, tiene la superioridad sobre todos, por sus modales fáciles, agradables y de buen gusto; por lo vivo e ingenioso de su conversación y por su amabilidad. En una reunión de más etiqueta, su dignidad sin afectación, sobresale (sobre todos); su tono de hombre de mundo, sus modales distinguidos, lo hacen pasar por el más caballero y por el hombre el más instruido y más amable de todos los de la concurrencia" (335).

"es amante de la verdad, de la heroicidad, del honor, de las consideraciones sociales, y de la moral pública: detesta y desprecia todo lo que está opuesto a aquellos grandes y nobles sentimientos" (388).

"Los hechos de heroicidad los cuenta el Libertador con mucho interés y mucho fuego y son los que más le gustan" (235).

Un resumen integral y luminoso de estos aspectos — donde no falta ni la descripción de la cólera, que se descarga ruidosamente sobre algún criado — nos lo da Perú de Lacroix en su retrato moral del Libertador: aduciré algunos rasgos:

"Nació el general Bolívar, con un genio fecundo y ardiente, con una inteligencia inmensa... Una primera educación, no brillante, pero cuidada y de caballero, desarrolló temprano aquellas facultades naturales; las dobló a todos los conocimientos y las dirigió hacia todas las instrucciones y luces...

...Sus ideas nunca son comunes, siempre grandes, elevadas y originales. Sus modales son afables y tiene el tono de los europeos de la alta sociedad. Practica una sencillez y modestia republicana, pero tiene el orgullo de un alma noble y elevada; la dignidad de su rango, y el amor propio que da el mérito y conduce el hombre a las grandes acciones: su ambición es para la gloria, y su gloria es la de haber libertado diez millones de individuos y haber fundado tres Repúblicas... Es superior a las desgracias, al infortunio y a los reveses... conoce a fondo el corazón humano"... (329).

*Carlos G. Plaza, S. J.*